

El pecado y la enfermedad

Durante los últimos años he recibido centenares de cartas de personas que han dejado el movimiento de la Fe. En algunos casos estas cartas cuentan conmovedoras historias sobre personas enfermas a quienes se les ha dicho que sus enfermedades son un directo resultado del pecado.

Una de estas cartas es el testimonio personal de una mujer que era ciega de nacimiento. Después de entregarse a Cristo por fe, ella se unió a una iglesia que estaba infiltrada por el movimiento de la Fe. No pasó mucho tiempo antes de que ellos le pidieran a esta mujer que proclamara declaraciones acerca de la recuperación de su visión y que le exigiera a Dios el cumplimiento de Su Palabra.

Cuando nada sucedió, comenzaron a denunciar a la mujer ciega por su falta de fe. Ellos trataron de meterle en la cabeza que había "algo en su vida que estorbaba el cumplimiento de la voluntad de Dios", según nos escribió. "Dios —decían ellos—, se ha detenido por alguna área de pecado y desobediencia que El no puede penetrar a menos que yo decida ponerlo todo en orden para abrirle paso".¹

Esta querida señora continúa: "Yo pasé horas, noches sin dormir, atormentada por este asunto. Llegué a sentir tan profunda depresión que comencé a perder mi alegría de vivir. Incluso, hasta dejé de orar. Algunos domingos, no podía ni siquiera sentirme bien en la iglesia, porque me sentía como una extranjera en la familia de Dios, observando cómo algunos de Sus hijos preferidos obtenían las 'bendiciones' a causa de su fe... Si yo estaba haciendo o no algo que impidiera el trabajo de Dios, estaba completamente desorientada tratando de averiguarlo. ¡Dios! —dije yo en descontrolada desesperación—, ¿qué es lo que Tú quieres que yo haga?"

A tiempo descubrió esta mujer que Dios nunca la abandonaría. Su ceguera no era el resultado de su pecado, y el problema real no consistía en su supuesta falta de fe, sino en la falta de comprensión de parte de los seguidores de la Fe. Ella, por fin, llegó a sentirse una "persona diferente". "Finalmente reconocí que ante los ojos de Jesús yo era una persona total y que para El yo continuaba siendo tan importante que juntos podíamos comenzar una nueva relación. Tomé la determinación de que nadie, nunca más, habría de ser capaz de arrancar Su gozo de mí".

Ella hace algunas observaciones muy inteligentes acerca de algunas de las verdaderas motivaciones detrás del movimiento de la Fe: "Yo descubrí que muchas personas querían verme sanada (o pretendían quererlo) porque mi ceguera contradecía sus puntos de vista teológicos. Es difícil aceptar su descreimiento cuando una persona incapacitada por alguna enfermedad se acerca a Dios con agradecimiento por permitirle sobrellevar su experiencia. Es como si la fe de ellos no sobresale si yo no comparto sus maneras de ver las cosas. Yo llegué a creer que ellos querían mi sanidad por su propio prestigio, no por mi beneficio personal. Esto puede sonar muy crudo, pero a mi me parece que esta gente no tiene ni una pizca de fe".

Concluye ella su carta con estas palabras: "Quiero que todos los que trabajan en el CRI sepan que yo, de todo corazón, comparto sus convicciones relacionadas con este tema. Es un cáncer espiritual, es algo criminal... Me duele que haya tan pocos en el cuerpo de Cristo que estén dispuestos a escuchar la verdad que tan diligentemente ustedes exponen... Yo le pido al Señor que continúe fortaleciéndoles y que permanezca dirigiéndoles en esta tarea de crítica y denuncia... Yo, por poco, no escucho la verdad a tiempo..."

Otra carta reseña la historia de una dama con lupus y fibrosis de pronóstico incurables. Su mejor amiga empezó a escuchar a Kenneth Copeland, Fred Price y John Avanzini e inmediatamente empezó a decirle a esta mujer enferma, que sus males eran el resultado del pecado y de la falta de fe. Ella termina su carta diciendo que muy a menudo siente el deseo de enfrentarse a sus sufrimientos sin tener que enfrentarse también a sus amigos".²

Estas historias no constituyen la excepción, sino que son la regla. En caso tras caso, cristianos con tales enfermedades como el cáncer o defectos congénitos están condenados a añadir a su sufrimiento, el dolor de pensar que son víctimas de algún pecado desconocido. El día en que yo escribí estas líneas, recibí una carta de una pareja a la que le había nacido un niño muerto. Cuando estas personas más necesitaban el consuelo de otros, tuvieron que soportar que se les dijera que el niño había nacido muerto a causa del pecado —no del niño;

sino de ellos—. Se les dijo que habían pecado por permitir que "el temor entrara a sus vidas... y por no tener la fe suficiente para creer que el niño podía ser levantado de entre los muertos".³

De regreso a una víctima disponible

Estas personas no sufren solas. ¿Recuerda a Job? El fue declarado por Dios como un gran hombre de fe, pero cuando los maestros de la Fe toman cuenta de él, lo acusan de ser la causa de su propio desastre. Kenneth Copeland dice: "Cuando todos nosotros estamos dispuestos a levantarnos para aceptar la idea de que Dios no quiere que el diablo tome control de la vida de Job, es Job el que le da permiso al diablo para que se haga cargo de él... Todo lo que Dios hizo fue mantener su posición acerca de la fe de este hombre. El dijo que Job 'era un hombre recto en la faz de la tierra'. Pero el mismo Job se encargó de decir que 'él no era recto en la faz de la tierra'. El declaró: 'yo soy un miserable, mi lengua es desobediente'".⁴

Cuando se ve forzado a reconocer que nadie menos que la autoridad de Dios Todopoderoso dice que Job fue recto y sin manchas, Copeland dice que Dios simplemente estaba haciendo una confesión positiva. Si esto fuera cierto, Dios no tan solo sería un tramposo, sino que también sería un autoen-gañado. Otros maestros de la Fe tales como Hinn y Price atacan a Job aún con más saña. Hinn llega a llamar a Job "un muchacho carnal y malo" (vea el capítulo 8). Price llama a Job "un bocón".⁵

Y no es Job el único personaje de la fe a quien estos falsos maestros convierten en su objetivo. También se dice del apóstol Pablo que él es responsable por sus propias enfermedades. En el caso de Pablo se identifica el pecado con su tendencia a la jactancia. Dice Fred Price: "Pablo ha estado diciendo, en esencia, que él ha interpretado esta situación (sus enfermedades) como parte de un plan de Satanás para mantenerlo humilde... Si usted lee sus escritos podrá darse cuenta de la tendencia del apóstol a ser un hombre muy propenso a los alardes... Pero esa era su opinión. Esa era su opinión..."⁶

Este es un ejemplo clásico de como los maestros de la Fe malinterpretan las Escrituras. Aunque el texto no identifica explícitamente "el agujón en la carne" (II Corintios 12:7) que sufría Pablo, es claro que "el agujón" no era el resultado de tendencia alguna a la jactancia. El texto dice claramente que *el agujón le fue impuesto a Pablo para prevenirle de que cayera en jactancias, no porque fuera un jactancioso.*⁷

Y considere lo que produjo este "agujón" en la vida de Pablo. Suena esto como algo que seguramente Satanás no estaría muy de acuerdo en respaldar:

Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte". II Corintios 12:9b, 10

Antes de que dejemos a Pablo, notemos esta última cosa: Pablo proclamó que el poder de Dios estaba en él, *precisamente a causa de sus aflicciones*. Esto es algo completamente opuesto a lo que usted oye de los maestros de la Fe, quienes se ufanan de que *por ser fuertes en sus cuerpos*. Dios les bendice. Pablo afirma que solamente cuando él es débil, es que el poder de Cristo mora en él. ¿Quién piensa usted que está más cerca de la verdad?

El erudito carismático Gordon Fee, en una brillante prosa, coloca el tema de la Fe en su correcta perspectiva:⁸

Esta falsa teología se apoya en el mismo centro del rechazo de los corintios para con Pablo. Sus debilidades físicas no se acomodaban a la idea que sustentaban ellos sobre el apostolado. Un apóstol tenía que ser "espiritual", vivir en victoria y con una perfecta salud. Ellos rechazaban a Pablo y su teología de la cruz (con su prevaleciente sufrimiento en la edad actual), porque ellos se consideraban a sí mismos como "muy espirituales", redimidos ya de tales debilidades.

Pablo trata por todos los medios a su alcance de traerles de regreso a su evangelio. En I Corintios 1:18-25, él les recuerda que el evangelio tiene su base única en el "Mesías crucificado". Para los corintios eso es como si él les estuviera diciendo "hielo caliente". El Mesías se asocia al poder, la gloria y los milagros; la crucifixión significa debilidad, vergüenza y sufrimiento. Y es así que ellos cortésmente aceptan a los falsos apóstoles que le predicaban un "evangelio diferente" con "otro Jesús" (II Corintios 11:4), y condenaron a Pablo por sus evidentes debilidades. (10:10).

En I Corintios 4:8-13, Pablo manejó la ironía: "Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros remáis", les dice. Entonces, con una brillante pincelada, él los aniquila estableciendo un contraste entre él y ellos mismos, colocándose como ejemplo de lo que significa vivir en el

futuro aún en medio de la edad presente.

En II Corintios 3-6, él trata de explicar la verdadera naturaleza del apostolado, la que conlleva un glorioso mensaje, pero que es proclamado por un mensajero no tan glorioso. "Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros" (4:7).

Finalmente, en II Corintios 10-13, él ataca de frente a los falsos maestros. Y lo hace interpretando el papel de "tonto" como se hacía en los antiguos dramas. Pablo está forzado a gloriarse (a causa de sus oponentes), ¿y de qué se gloria él? En todas las cosas contra las cuales están precisamente los corintios —de sus propias debilidades. En total ironía, él finalmente se coloca a sí mismo en la misma línea de vanaglorias de los falsos apóstoles, con sus grandes visiones y sus tremendas historias de milagros.

La verdadera fortaleza de Dios se hace perfecta, no en librar a Su Mesías *de la* crucifixión, no en librar a Su apóstol *del* sufrimiento físico, sino que se hace patente en la crucifixión *en sí* y en las debilidades del apóstol.



Una y otra vez, por medio de sus escritos. Pablo describe un cuadro preciso de sufrimientos y debilidades humanas. El se extiende en consideraciones para mantenemos al tanto de los errores que asolaban la iglesia en Corinto. Como los maestros de la Fe de hoy día, ellos estaban convencidos de que porque Dios tiene poder para sanar, cada creyente tenía que disfrutar de una perfecta salud. Esa fue la razón precisa por la que rechazaban al apóstol Pablo.

Pero los maestros de la Fe continúan propagando este error de Corinto hoy día. Ellos fallan en reconocer que la muerte es la enfermedad universal de la humanidad. Por ejemplo, Benny Hinn, desafiadamente asegura: "Si tu cuerpo pertenece a Dios, entonces no puede pertenecer a la enfermedad".⁹ Una declaración tal, desconoce que algunos de los santos preferidos de Dios afrontan enfermedades y mueren jóvenes, en tanto que algunos de los más endurecidos pecadores disfrutaban de abundante salud y viven vidas largas y robustas.

La enfermedad para la gloria de Dios

Charles Haddon Spurgeon, bien conocido como el Príncipe de los Predicadores, estaba severamente afectado por la gota, enfermedad que a menudo le producía dolores indecibles. En un sermón publicado en 1881, él escribía: "¿Ha estado usted alguna vez en un homo de purificación, mi querido amigo? Yo sí he estado ahí, y mis sermones también ... El resultado de estar expuestos al fuego es que nosotros arribamos a una justa valoración de las cosas (y) somos inclinados hacia una nueva y mejor manera de ser. Ah, y si en algo nosotros pudiéramos desear estar en un homo de purificación sería para poder limpiamos de nuestras escorias, y ser así más puros, más aptos y más desarrollados a la imagen de nuestro Señor".¹⁰

Spurgeon no vivió una vida larga y robusta. En efecto, puede decirse que él lo tuvo todo, menos salud. A la edad de 57 años él murió. Sin embargo, con lo que le tocó vivir él hizo que su vida valiera en su tiempo y por la eternidad. Spurgeon es en la actualidad uno de los más leídos predicadores de la historia. Sus series de sermones publicados constituyen la más larga lista de colecciones de libros que haya escrito autor alguno en la historia de la iglesia cristiana. La vida de Spurgeon es un elocuente testimonio de que la tragedia no está en morir joven, pero sí en vivir mucho tiempo y no conseguir para la vida aquello que sea de significado eterno.

Kenneth Copeland dice que: "La idea religiosa de que Dios castiga a los Suyos con enfermedades, dolores y pobreza es lo que ha causado que la iglesia haya pasado 1500 años sin el conocimiento del Espíritu Santo".¹¹ Spurgeon, sin embargo, dijo que: "Yo estoy seguro de que nunca he crecido tanto en gracia en ninguna actividad de mi vida, de lo que he crecido cuando he estado en el lecho del dolor".¹²

Hace tres mil años el rey David ofreció una prueba contundente de que Copeland y los otros maestros de la Fe están radicalmente equivocados. Dios, efectivamente, castiga a los Suyos. David fue un hombre preferido de Dios, y aún así, escribió estas palabras: "Bueno me es haber sido humillado para que aprenda tus estatutos... Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste" (Salmo 119:71, 75).

Razones para la enfermedad

Es efectivamente una tragedia que los maestros de la Fe hayan insistido en acusar a los enfermos de practicar algún pecado secreto. Aunque la Biblia nos enseña que algunos cristianos están enfermos a causa del pecado (vea I Corintios 11:29,30), Jesús hace totalmente claro que

ése no es siempre el caso.

Considere al hombre que nació ciego, mencionado en Juan 9. Los discípulos de Jesús le preguntaron: "Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él" (Juan 9:2,3).

La enseñanza de Jesús ofrecida aquí es imposible de malinterpretarse. Este hombre no nació ciego, ni por sus pecados ni por los de sus padres. En su lugar, su ceguera fue un acto soberano para que se pusieran de manifiesto las obras de Dios en su vida. Esta verdad es tan obvia, que los maestros de la Fe han tenido que recurrir a complicados argumentos para tratar de desviar el significado evidente del texto.

Fred Price trata de argumentar que la expresión "para que las obras de Dios se manifiesten en él" no tiene absolutamente nada que hacer con el hombre ciego, sino que es el principio de otra oración que se completa en el verso 4.¹³ Price tiene que cambiar la puntuación en su propósito de alterar el texto. ¡Cuando la Biblia no coincide con ciertas enseñanzas de los maestros de la Fe, ellos reforman la Biblia!

La enseñanza de Price sobre este incidente refleja con exactitud la traducción sectaria del Nuevo Testamento de George Lamsa.¹⁴ A pesar del bien conocido hecho de que Lamsa promueve fantásticas interpretaciones esotéricas de las Escrituras —tales como que Jesús y Cristo son dos personas diferentes—,¹⁵ Price define favorablemente a las desviaciones de Lamsa como "provocadoras del pensamiento".¹⁶ Y es cierto que son así, pero no por las razones que Price abriga.

Kenneth Copeland, como Price, está apasionadamente opuesto a los pasajes bíblicos que señalan a Dios como el autor de enfermedades. El niega los efectos de la maldición sobre toda la creación, insistiendo en su lugar, que nosotros podemos controlar el universo con nuestra lengua. "Cada circunstancia —el destino total de la naturaleza", dice Copeland, "todo, ha empezado con el poder de la lengua".¹⁷ Entonces, como cualquier otro maestro de la Fe, él se contenta con poner la culpa por la enfermedad directamente en los hombros del creyente. Copeland escribe: "*El propósito de Dios para cada creyente es que viva completamente libre de la enfermedad y los dolores. Queda a su decisión si usted lo quiere así, o no*".¹⁸ Así es que cuando el creyente se mantiene sufriendo con calamidades físicas, no tiene a nadie más que culpar, sino a sí mismo.

Pero la Biblia establece claramente que la enfermedad y los dolores no son siempre el resultado del pecado personal. Desde la caída de la humanidad, tanto el justo como el injusto han estado sujetos a la enfermedad y al padecimiento. En el libro de Romanos nosotros leemos que: "Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos... gemimos dentro de nosotros mismos... esperando... la redención de nuestro cuerpo" (Romanos 8:22,23).

Pablo dijo la palabra final cuando escribió: "Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (I Corintios 15:42-44). El apóstol expresa con claridad que nuestros débiles y frágiles cuerpos no serán cambiados ahora, sino cuando resucitemos de la muerte. "*Entonces*, dice Pablo, se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria" (I Corintios 15:54; énfasis añadido).

Y por ese día todos tendremos que esperar. Ya sea que queramos o no.